

A large, rusted shipwreck is the central focus of the image. The ship is heavily corroded, with a dark, brownish-red patina covering its hull and superstructure. It is partially submerged in a dark, turbulent sea with white-capped waves. The background is a dramatic, stormy sky with swirling clouds in shades of yellow, orange, and brown, suggesting a sunset or a storm. The overall mood is somber and industrial.

PAOLO  
BACIGALUPI

SHIP  
BREAKER

CEMENTERIO DE BARCOS

minotauro

PAOLO BACIGALUPI

SHIP  
BREAKER

CEMENTERIO DE BARCOS

minotauro

*Ship breaker. Cementerio de barcos*

Título original: *Ship breaker*

Copyright © 2010, Paolo Bacigalupi

Published in agreement with the author, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,  
Armonk, New York, U. S. A.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Diseño de cubierta: Cover Kithen  
Revisión: Balloon Comunicación  
Traducción: © Ariadna Cruz, 2024

ISBN: 978-84-450-1684-8  
Depósito legal: B. 20.698-2023  
Printed in EU / Impreso en UE

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

# 1

Nailer tiraba de un cable de cobre y lo iba desprendiendo a medida que se abría paso por un conducto de servicio. Una nube de fibras de amianto y excrementos de ratón se esparcía a su alrededor cuando lo arrancaba. Siguió adentrándose en el tubo y fue desprendiendo más cable de las grapas de aluminio, que repiqueteaban por el espacio estrecho y metálico como monedas ofrendadas al Dios de la Chatarra. Nailer palpaba con avidez en busca de su brillo opaco y las iba guardando en una bolsa de cuero que llevaba a la cintura. Al volver a tirar del cable, se quedó con un metro de cobre valiosísimo entre las manos. Una nueva nube de polvo lo envolvió.

La pintura led fluorescente que llevaba embadurnada en la frente le ofrecía una tenue imagen verde fosforescente de los conductos de servicio que conformaban su mundo. La suciedad y el sudor salado le irritaban los ojos y goteaban por los bordes de la máscara de filtro. Se limpió los regueros de sudor con una mano cubierta de cicatrices, con cuidado de no restregarse la pintura led. Aunque la pintura picaba y le ponía de los nervios, no le entusiasmaba la idea de tener que encontrar a ciegas la salida de aquellas conducciones laberínticas, así que ignoró el escozor de la frente y volvió a evaluar su posición.

Las tuberías oxidadas se extendían ante él y se perdían en la oscuridad. Unas eran de hierro, otras de acero. La brigada pesada se ocuparía de ellas. A Nailer solo le interesaban los

materiales ligeros, como el cableado de cobre, el aluminio, el níquel o los ganchos de acero, cosas que cabían en bolsas y que era posible arrastrar por los conductos hasta los compañeros de brigada que esperaban fuera.

Nailer se volvió y se dispuso a seguir avanzando por el pasillo de servicio, pero al hacerlo se golpeó la cabeza contra el techo del tubo. El ruido del impacto resonó con fuerza, como si estuviera sentado dentro de la campana de una iglesia cristiana. Una cascada de polvo le cayó sobre el pelo. Aunque llevaba una máscara con filtro, comenzó a toser en cuanto el polvo se coló por los bordes mal sellados. Estornudó una vez, luego otra, y empezaron a llorarle los ojos. Se apartó la máscara y se limpió la cara antes de volver a colocársela sobre la boca y la nariz, deseando que el material adhesivo la cerrara herméticamente, aunque no se hizo muchas ilusiones.

La máscara era heredada, regalo de su padre. Picaba y nunca había cerrado bien porque era de la talla equivocada, pero era la única que tenía. En uno de los laterales, escrito en letras descoloridas, se leía: desechar tras cuarenta horas de uso. Pero no tenía otra, ni él ni nadie. Era afortunado por tener una, aunque la microfibras hubiera empezado a hacerse jirones de tanto frotarla en el mar.

Sloth, una de sus compañeras de brigada, se burlaba de él siempre que lavaba la máscara y le preguntaba por qué se molestaba en hacerlo. Le decía que con eso solo hacía que el trabajo en los conductos, de por sí infernal, resultara más caluroso e incómodo, que no tenía sentido. A veces pensaba que tenía razón. Sin embargo, la madre de Pima les había dicho a él y a la propia Pima que usaran las máscaras siempre y, a decir verdad, siempre que las sumergía en el océano, salía un montón de suciedad negra de los filtros. «Sin ella, esa misma porquería la tendríais en los pulmones», solía decir la madre de Pima. Así que había seguido usándola, aun cuando sentía que le faltaba el aliento cada vez que respiraba el húmedo aire tropical a través de las fibras obstruidas y humedecidas por su propio vaho.

Una voz resonó por el conducto.

—¿Tienes el cable?

Era Sloth. La voz llegaba desde el exterior, donde le estaba esperando.

—¡Ya casi he terminado! —Se adentró un poco más en el tubo y arrancó algunas grapas más mientras se apresuraba a soltar algo más de cobre. El pasillo del conducto continuaba, pero ya tenía suficiente. Cortó el cable con el filo dentado de su cuchillo de trabajo.

—¡Ya está! —avisó.

El eco del grito de Sloth no tardó en llegar.

—¡Apártate!

El cable se alejó de él a toda velocidad, restallando al deslizarse por los angostos pasadizos mientras levantaba nubes de polvo a su paso. Fuera del laberinto de conductos, Sloth giraba la manivela de una polea, con la piel perlada de sudor y el pelo rubio pegado a la cara por el esfuerzo, mientras sorbía el cable como si fuera uno de los fideos de arroz de las raciones de sopa de Chen.

Nailer utilizó el cuchillo para grabar el código de la brigada ligera de Bapi por encima del lugar donde había cortado el cable. El símbolo se correspondía con las espirales que llevaba tatuadas en las mejillas, que eran los distintivos laborales que le daban derecho a explorar los pecios bajo la supervisión de Bapi. Sacó un poco de pintura en polvo, escupió sobre ella y la mezcló en la palma de la mano antes untarla sobre la marca. Ahora, incluso desde lejos, los arañazos emitían un brillo iridiscente. Ayudándose de un dedo, usó la pintura sobrante para escribir una secuencia de números, que ya sabía de memoria, debajo del símbolo: LC57-1844. El código de autorización de Bapi. Aunque de momento nadie más competía por aquel tramo, nunca estaba de más marcar el territorio.

Nailer recogió el resto de las grapas de aluminio y volvió sobre sus pasos gateando por las tuberías. Fue esquivando puntos débiles donde el metal apenas se sostenía, escuchando el eco de su propia voz y el golpeteo de su cuerpo contra el acero mientras se apresuraba a salir con todos los sentidos alerta, atento a cualquier indicio de que los conductos pudieran venirse abajo.

La pequeña linterna led de fósforo le permitía seguir el rastro de polvo serpenteante que el cable de cobre había dejado a su paso mientras se arrastraba sobre nidos y cadáveres disecados de ratas. Incluso allí, en las entrañas de un viejo buque petrolero, había roedores, aunque estos llevaban muertos mucho tiempo. Pasó por encima de otros huesos pequeños, restos de gatos y aves, y entre plumas y pelusas suspendidas en el aire. Al estar a tan poca distancia del exterior, los conductos de acceso eran un cementerio para toda clase de criaturas extraviadas.

La luminosidad del sol, con su resplandor deslumbrante, empezaba a vislumbrarse más adelante. Nailer entrecerró los ojos al avanzar hacia la claridad, pensando que, para los seguidores del Culto a la Vida, el renacimiento debía de ser algo así como ascender hacia la luz limpia y abrasadora del sol. Salió del tubo y se dejó caer sobre la cubierta de acero caliente.

Se arrancó la máscara entre jadeos.

El fulgor radiante del sol tropical y la brisa salobre del océano lo envolvieron. A su alrededor, el repiqueteo de los mazos resonaba contra el hierro mientras una multitud de hombres y mujeres se encaramaba al viejo petrolero para desmantelarlo. Las brigadas pesadas arrancaban los paneles de hierro con la ayuda de sopletes de acetileno y los lanzaban por la borda como si fueran hojas de palmera. En cuanto caían a la arena de la playa, otras brigadas los arrastraban más allá de la línea de pleamar. Las brigadas ligeras, como la de Nailer, se encargaban de desguazar los accesorios pequeños del buque en busca de piezas de cobre, latón, níquel, aluminio y acero inoxidable. Otras se dedicaban a buscar depósitos ocultos de gasolina y aceite y a extraer el valiosísimo líquido. Era un hervidero de actividad en el que todos los esfuerzos se destinaban a convertir el esqueleto de aquella embarcación extinta en algo que fuera aprovechable para un mundo nuevo.

—Sí que has tardado —dijo Sloth.

Golpeó los ganchos de sujeción del carrete para soltarlo del eje de la polea. Su tez pálida resplandecía a la luz del sol

y los tatuajes espiralados parecían casi negros en contraste con el rubor de sus mejillas. El sudor le corría por el cuello. Llevaba el pelo rubio corto, casi tanto como el propio Nailer, para evitar que se le enredara en los miles de grietas y piezas de maquinaria que poblaban su lugar de trabajo.

—Nos hemos adentrado bastante —respondió él—. Hay muchos cables de servicio, pero se tarda en llegar hasta ellos.

—Siempre tienes alguna excusa.

—No te quejes, que con eso alcanzaremos la cuota.

—Más nos vale —le advirtió ella—. Bapi dice que hay otra brigada ligera intentando comprar derechos de explotación.

Nailer hizo una mueca.

—Qué sorpresa.

—Ya. Era demasiado bueno como para que durara. Échame una mano.

Nailer se colocó al otro lado del carrete y juntos lo levantaron del eje entre gruñidos, antes de ladearlo y dejarlo caer sobre la cubierta oxidada con un fuerte ruido metálico. Hombre con hombro, se apoyaron contra el pesado cilindro con las piernas flexionadas y los dientes apretados.

El carrete empezó a rodar lentamente. Nailer sentía que la cubierta recalentada por el sol le quemaba los pies descalzos. Aunque la inclinación del buque dificultaba la tarea de empuje, gracias al esfuerzo conjunto lograron mover el cilindro, que fue haciendo crujir la pintura protectora y las planchas de la cubierta a medida que avanzaba.

Desde lo alto de la cubierta de la embarcación se veía toda la playa de Bright Sands, una extensión alquitranada de arena y agua de mar encharcada, salpicada por los armazones desguazados de otros petroleros y cargueros. Algunos estaban enteros, como si sus capitanes hubieran enloquecido y decidido guiar aquellos barcos de un kilómetro de eslora hasta la arena para luego abandonarlos. Otros estaban desconchados y desvencijados, con los esqueletos de hierro oxidado al descubierto. Había cascos desperdigados por todas partes, como trozos de pescado descuartizado: una torre de mando por aquí, un camarote por allá, la proa de un petrolero apuntando directamente al cielo.

Era como si el Dios de la Chatarra hubiese descendido sobre los gigantescos buques de hierro y los hubiese cizallado y despedazado antes de dejar los cadáveres desparramados sin el menor cuidado. Y allí, donde estaban las enormes embarcaciones, estaban también revoloteando como moscas las bandas de recolección como la de Nailer, que arrancaban hasta el último trozo de carne y hueso de hierro y arrastraban los restos del viejo mundo por la playa hasta las básculas de chatarra y los hornos de reciclaje que ardían noche y día para beneficio de Lawson & Carlson, la empresa que se hacía de oro con la sangre y el sudor de los desguazadores.

Nailer y Sloth se detuvieron un momento, jadeantes, y se apoyaron en el pesado carrete. Nailer se enjugó el sudor de los ojos. A lo lejos, en el horizonte, el negro aceitoso del océano se teñía de azul al reflejar el cielo y el sol. La espuma coronaba las crestas de las olas. La humareda negra de las fundiciones de la costa empañaba el aire alrededor, pero allí, más allá del humo, se vislumbraban unas velas. Eran los nuevos clíperes. Habían ocupado el lugar de las embarcaciones que se alimentaban de carbón y petróleo, cuyos restos se pasaban el día desmantelando él y su brigada. Estaban equipados con un velamen del color blanco de las gaviotas, tenían cascos de fibra de carbono y eran más rápidos que cualquier otro vehículo, con la única excepción del tren de levitación magnética.

Nailer siguió con la mirada la estela de un clíper que surcaba las aguas elegante y veloz, y totalmente fuera de su alcance. Era posible que parte del cobre de su carrete acabara a bordo de un buque como aquel, transportado en tren hasta Orleans antes de trasladarlo a la bodega de carga de algún carguero, donde atravesaría el océano con destino a cualquier pueblo o nación que pudiera permitirse pagarlo.

Bapi tenía el póster de un clíper de Libeskind, Brown & Mohanraj. Estaba pegado a su calendario de pared reutilizable y mostraba una embarcación con parapentes desplegados a gran altura, muy por encima del propio clíper, un tipo de velas que, según Bapi, podían alcanzar las corrientes de chorro e impulsarlo a través del mar en calma a más de

cincuenta y cinco nudos de velocidad, permitiéndole elevarse por encima de las olas con sus hidroalas, atravesar la espuma y el agua salada y deslizarse por el océano hasta llegar a África y a la India, a los europeos y a los nipones.

Nailer contempló con anhelo las velas lejanas, preguntándose adónde se dirigían y si alguna de ellas sería mejor que la suya.

—¡Nailer! ¡Sloth! ¿Dónde os habíais metido?

La voz lo sacó de su ensueño. Pima les estaba haciendo señas desde la cubierta inferior del petrolero con cara de pocos amigos.

—¡Estamos esperando por ti, brigadier!

—Mandona a la vista —murmuró Sloth.

Nailer hizo una mueca. Pima era la mayor de los tres y eso la hacía un poco autoritaria. Ni siquiera la larga amistad que los unía podía protegerlos cuando iban por detrás de la cuota.

Él y Sloth volvieron a centrarse en el carrete. Con un nuevo coro de gruñidos, lo lanzaron sobre la cubierta torcida del buque y lo hicieron rodar hasta donde se había instalado una grúa rudimentaria. Engancharon el carrete a unos mosquetones de hierro oxidado, sujetaron el cable de la grúa y se subieron de un salto al cilindro mientras descendía, meciéndose y dando vueltas, hasta llegar a la cubierta inferior.

Pima y el resto de la brigada ligera se agolparon a su alrededor en cuanto tocaron tierra. Desengancharon el carrete y lo llevaron rodando hasta donde habían colocado el equipo de desmontaje, cerca de la proa del petrolero. Por todas partes había trozos de material aislante de los cables eléctricos, además de los rollos de cobre reluciente que habían recogido, apilado cuidadosamente en filas y marcado con el símbolo de identificación de la brigada ligera de Bapi, el mismo distintivo en espiral que todos llevaban en la mejilla.

Empezaron a desenrollar secciones del nuevo botín de Nailer y a repartirse los distintos segmentos. Trabajaban a toda velocidad, acostumbrados los unos a los otros y a la tarea en cuestión. Estaba Pima, la cabecilla, más alta que el resto, con una silueta que se parecía cada vez más a la de

una mujer, negra como el aceite y dura como el hierro. Sloth, delgada y pálida, un saco de huesos con las rodillas prominentes y el cabello rubio sucio; la próxima candidata a hacer el trabajo de Nailer en los conductos cuando este fuese demasiado grande, cuya piel blanquecina casi siempre estaba quemada y pelada por el sol. Moon Girl, del color del arroz integral, hija de una prostituta que había fallecido durante el último brote de malaria y que se había esforzado más que nadie como miembro de la brigada ligera porque conocía bien la alternativa; llevaba las orejas, los labios y la nariz adornados con trozos de alambre de acero que se había clavado en la piel con la esperanza de que nadie la quisiera nunca como habían querido a su madre. Tic-Toc, el miope que siempre entornaba los ojos para mirar todo lo que lo rodeaba, era casi tan negro como Pima, pero ni por asomo tan listo, hábil con las manos siempre y cuando se le dijera qué hacer con ellas e incapaz de aburrirse. Pearly, el hindú que les contaba historias sobre Shiva, Kali y Krishna y que tenía la suerte de tener una madre y un padre que trabajaban recolectando aceite; tenía el pelo negro, la piel morena y una mano a la que le faltaban tres dedos a raíz de un accidente con la manivela de una polea.

Y luego estaba Nailer. Algunos, como Pearly, sabían quiénes eran y de dónde venían. Pima sabía que su madre procedía de la última de las islas situadas al otro lado del golfo. Pearly le contaba a todo el que quisiera escucharlo que era cien por ciento indio, un marwari hindú de la cabeza a los pies. Incluso Sloth decía que su familia era de origen irlandés. Nailer era diferente. Él no tenía ni idea de lo que era. Mitad de una cosa y un cuarto de otra, un chico de piel morena y cabello negro como su difunta madre, pero con los inusuales ojos azul claro de su padre.

A Pearly le había bastado echar un vistazo a los ojos claros de Nailer para declarar que debía de ser un engendro del demonio. Pero Pearly siempre estaba inventándose cosas. Solía decir que Pima era una reencarnación de Kali, que por eso tenía la piel tan oscura y era tan puñetera cuando iban atrasados con la cuota. Aun así, lo cierto era que Nailer había

heredado los ojos y la complexión enjuta y fuerte de su padre, y Richard López era un demonio, sin duda. Nadie podía negarlo. Estando sobrio daba miedo, pero borracho era un monstruo.

Nailer desenrolló un tramo de cable y se puso en cuclillas sobre la cubierta abrasadora. Prensó el cable con los alicates y arrancó una de las mangas de aislamiento para dejar al descubierto el núcleo de cobre brillante.

Repitió el movimiento una vez más. Y otra.

Pima se acuclilló a su lado y empezó a pelar otra sección de cable.

—Has tardado un buen rato en sacar esta partida.

Nailer se encogió de hombros.

—Ya no queda nada cerca. He tenido que adentrarme bastante para encontrarlo.

—Siempre dices lo mismo.

—Si quieres meterte tú en el agujero, adelante.

—Yo podría hacerlo —se ofreció Sloth.

Nailer le lanzó una mirada asesina. Percy resopló.

—Tú tienes un pésimo sentido de la orientación. Acabarías perdiéndote, como le pasó a Jackson Boy, y acabaríamos con las manos vacías.

Sloth hizo un gesto cortante.

—Cierra el pico, Pearly. Yo nunca me pierdo.

—¿Ni siquiera en la oscuridad? ¿Aunque todos los conductos parezcan iguales? —Pearly se giró hacia el costado del buque y lanzó un escupitajo que, en lugar de caer por la borda, acabó estrellándose contra la barandilla—. Los tripulantes del Azulón III pasaron días oyendo los gritos de auxilio de Jackson Boy, pero no lograron encontrarlo. Al final, el muy infeliz se quedó seco y la palmó.

—Qué forma tan horrible de morir —comentó Tic-Toc—. Sediento. A oscuras. Solo.

—Callaos ya —les espetó Moon Girl—. ¿Queréis que los muertos os escuchen?

Pearly se encogió de hombros.

—Solo estamos diciendo que Nailer siempre cumple con la cuota.

—Y una mierda. —Sloth se pasó una mano por el cabello rubio sudado—. Yo conseguiría veinte veces más chatarra que él.

Nailer se rio.

—Pues adelante. A ver si sales viva.

—Ya has llenado el carrete.

—Mala suerte entonces.

Pima le dio un golpecito en el hombro.

—Lo de la partida iba en serio. Hemos estado de brazos cruzados un buen rato.

Nailer miró a Pima a los ojos.

—Cumplo con la cuota. Si no te gusta mi trabajo, hazlo tú.

Pima frunció los labios, molesta. Era una sugerencia sin fundamento y ambos lo sabían. Había crecido demasiado, como demostraban las costras y cicatrices que tenía en la columna, los codos y las rodillas. Trabajar en la brigada ligera requería tener un cuerpo menudo. A la mayoría de los chavales los echaban al cumplir los dieciséis años, incluso si se mataban de hambre para no seguir creciendo. Si Pima no fuera una líder tan competente, ya estaría en la playa, hambrienta y mendigando por conseguir alguna oportunidad. Ahora mismo, disponía más o menos de un año para crecer y desarrollarse lo suficiente como para competir con los cientos de personas que aspiraban a formar parte de la brigada pesada. Pero se le acababa el tiempo, y todos lo sabían.

—No serías tan bravucón si tu padre no fuera un tirillas —dijo ella—. Estarías en la misma situación que yo.

—Bueno, entonces tengo algo que agradecerle.

Si la complexión de su padre era un augurio, él nunca sería corpulento. Ágil, quizá, pero no grande. De todos modos, el padre de Tic-Toc aseguraba que, dada la deficiencia calórica de sus dietas, ninguno de ellos crecería demasiado. Decía que en Seascape Boston la gente seguía siendo bastante alta. Pero a ellos les sobraba el dinero y la comida, jamás habían pasado hambre, así que engordaban y crecían con normalidad.

Nailer sabía muy bien lo que era tener un agujero en el estómago, había experimentado esa sensación suficientes

veces como para preguntarse qué se sentiría al tener tanta comida. Se preguntaba cómo sería no despertar nunca en mitad de la noche con los dientes clavados en los labios, no tener que engañarte a ti mismo haciéndote creer que estabas a punto de comer carne. Pero no era más que una fantasía estúpida. Seascape Boston recordaba demasiado al paraíso de los cristianos, o al credo del Dios de la Chatarra, que prometía una vida de comodidades a quienes lograran encontrar la ofrenda apropiada que los acompañara y ardiera junto a sus cuerpos al rendir cuentas en su balanza.

En cualquier caso, para llegar allí tenías que morirte primero.

El trabajo no cesó. Nailer siguió pelando segmentos de cable y desechando el material aislante por la borda. El sol caía a plomo sobre todos. Les brillaba la piel. Las perlas de sudor salado les empapaban el cabello y se les metían en los ojos. Tenían las manos resbaladizas de tanto trabajar y los tatuajes identificativos relucían como nudos intrincados en sus rostros enrojecidos. Siguieron hablando y bromeando un rato, pero poco a poco fueron enmudeciendo, afanándose en sus tareas mientras apilaban el cobre para quienquiera que fuera lo bastante rico para permitirse.

—¡Jefe a la vista!

El grito de advertencia llegó de abajo, desde el agua. Todos se agacharon, haciendo lo atareados que estaban, esperando a ver quién aparecía en la barandilla. Si era el jefe de alguna otra brigada, podrían relajarse...

Era Bapi.

Nailer hizo una mueca cuando su jefe se encaramó a la barandilla jadeando. Tenía el pelo negro empapado y una barriga que entorpecía cada uno de sus movimientos, pero, como había dinero de por medio, el capullo se las apañaba.

Bapi se apoyó en la barandilla, intentando recuperar el aliento. El sudor oscurecía la camiseta sin mangas que solía ponerse para trabajar. Estaba llena de manchas amarillas y marrones de curry o de lo que hubiera sido el bocadillo que se había comido en el almuerzo. A Nailer le daba hambre solo de ver toda esa comida desperdigada por el pecho de

Bapi, pero no podría comer nada hasta por la noche, así que no tenía sentido ansiar una comida que Bapi nunca compartiría con él.

Los avispados ojos castaños de Bapi estudiaron al grupo, atentos a cualquier indicio de que estuvieran ociosos o no se esforzaran lo suficiente para cumplir con la cuota. Aunque ninguno de ellos había estado holgazaneando antes, bajo la mirada escrutadora de Bapi todos trabajaban con mayor presteza, intentando demostrarle que valía la pena mantenerlos en el equipo. El propio Bapi había formado parte de la brigada ligera en su día, por lo que conocía muy bien los hábitos y las artimañas de los indolentes. Eso lo convertía en alguien peligroso.

—¿Qué habéis conseguido? —le preguntó a Pima.

Levantó la vista, entrecerrando los ojos por el sol.

—Cobre. Un montón. Nailer ha encontrado unos conductos que la brigada de Gorgeous pasó por alto.

Bapi sonrió de oreja a oreja, dejando entrever unos dientes blancos y brillantes y el hueco donde antes habían estado los incisivos, que había perdido en una pelea.

—¿Cuánto?

Pima señaló con la cabeza a Nailer, instándolo a responder.

—De momento llevamos como cien o ciento veinte kilos —estimó Nailer—. Pero hay más.

—Ah, ¿sí? —asintió—. Bueno, entonces daos prisa e id a por él. No perdáis el tiempo pelándolo, solo preocupaos por sacarlo todo. —Oteó el horizonte—. En Lawson & Carlson dicen que se avecina una tormenta. Una de las gordas. No podremos acceder a los pecios durante un par de días, así que quiero que consigáis cable suficiente para que sigáis trabajando en la arena.

Nailer reprimió el rechazo que le provocaba la idea de bajar de nuevo a la negrura, pero Bapi debió de percibir algo en su expresión.

—¿Algún problema, Nailer? ¿Piensas que una tormenta es excusa suficiente para pasarte el día sentado de brazos cruzados? —Bapi señaló los campamentos de trabajo que se extendían por el área que separaba la selva de la playa—.

¿Acaso crees que me costará encontrar a otro centenar de infelices que quieran ocupar tu lugar? Ahí abajo hay chicos que me dejarían sacarles un ojo a cambio de trabajar en alguno de los pecios.

Pima intercedió.

—No tiene ningún problema. Si quieres que consigamos el cable, lo haremos. No hay problema. —Le lanzó una mirada asesina a Nailer—. Aquí todos estamos en el mismo barco, jefe. No hay ningún problema.

Todos asintieron enérgicamente. Nailer se puso en pie y le tendió el resto del cable a Tic-Toc.

—No hay ningún problema, jefe —repitió.

Bapi se le quedó mirando con el ceño fruncido.

—¿Estás segura de que quieres poner la mano en el fuego por él, Pima? Puedo rajarlo, cortarle los tatuajes de la brigada y dejarlo tirado en la arena.

—Es bueno encontrando chatarra —le aseguró—. Vamos por delante de la cuota gracias a él.

—¿Segura? —Bapi se ablandó un poco—. Bueno, tú mandas. No voy a entrometerme. —Observó a Nailer—. Y tú ándate con cuidado, chico. Sé cómo pensáis los de tu calaña. Siempre creyendo que la suerte os acabará sonriendo, que pronto encontraréis un depósito de petróleo y no tendréis que volver a trabajar en vuestra vida. El vago de tu padre era de esos y mira cómo ha acabado.

Nailer sintió que le hervía la sangre.

—Yo no hablo de tu padre.

Bapi soltó una carcajada.

—¿Qué? ¿Vas a pelearme conmigo, chico? ¿O a atacarme por la espalda, como haría tu padre? —Bapi se llevó la mano al cuchillo—. Pima da la cara por ti, pero no me queda claro si eres consciente del favor que te está haciendo.

—Déjalo estar, Nailer —le instó Pima—. Tu padre no lo vale.

Bapi se limitó a observarlo con una media sonrisa en los labios, sin apartar la mano del cuchillo. Él llevaba todas las de ganar y ambos lo sabían. Nailer agachó la cabeza y se obligó a reprimir la ira que lo atenazaba.

—Conseguiré el cable, jefe. No te preocupes.

Bapi asintió secamente.

—Parece que eres más listo que tu viejo. —Se volvió hacia el resto del equipo—: Prestad atención. No tenemos mucho tiempo. Si conseguís sacar el resto de la chatarra antes de la tormenta, os daré una prima. Dentro de un rato llega otra brigada ligera, así que nada de dejarles el trabajo hecho, ¿estamos? —dijo esbozando una sonrisa feroz. Todos asintieron.

—Nada de dejarles el trabajo hecho —repiteieron.